

M. VIDELA HUICI



CAPRICO



Cuadro de -LUIS GRANER.

Salón Pares.

LUIS GRANER

HAY que creer en la predestinación. Sin ella, Graner sería hoy un honrado comerciante ó un enriquecido bodeguero; y no lo decimos en s6n de menosprecio porque consideremos denigrantes tan 6tiles profesiones; muy al contrario; sino porque, efectivamente, Graner estuvo *amenazado* muchos años de ejercer dichas profesiones y realmente las ejerció en calidad de dependiente.

Por lo com6n, casi siempre, el estro artstico se revela ya desde la primera infancia; son tantos y tan conocidos los casos que prueban este aserto, que nos eximen de mayor demostración. Y entiéndase que hablamos de aquellas artes que requieren una t6cnica *aprendida* y que casi nunca se adquiere en edad adulta, por haber perdido (siempre en tesis general) su facultad de adaptaci6n los 6rganos indispensables para ello. Podría asegurarse que han salido m6s poetas de una oficina ó escritorio, que pintores, escultores y m6sicos. Y es que en forma m6s ó menos prosaica, escribiendo n6meros ó registrando partidas, lo mismo el oficinista que el poeta esgrimen idéntico instrumento, la pluma, y 6nicamente difieren en la mentalidad.

Luis Graner, pues, no reunía ninguno de los requisitos indispensables para *diagnosticar* una verdadera predestinaci6n. Jam6s, durante su niñez y su primera juventud, tom6 el l6piz para llenar de muñecos cuantos papelotes cayesen bajo su alcance; ni le pas6 por las mientes que las estampas, cromos ó ilustraciones (y no decimos cuadros porque ignoraba seguramente el concepto de la palabra) pudieran ser obra de sus manos. Su estado, en suma, era el de completa inconsciencia artstica, sin ninguna de las formas de vocaci6n y disposici6n que acompañan siempre á los *predestinados*.

Así no es extraño que al llegar á los 15 años de su edad, y aprovechando ciertas relaciones que tenía con un comerciante de Puerto Rico, su padre le propusiera y el muchacho aceptara como la cosa m6s natural del mundo pasar á aquella isla á hacer su aprendizaje de comercio; en uno de aquellos establecimientos en que se vende de todo: sederías, tabaco, hierros, carb6n y zapatos. Ciertamente que el trato con los negros y los blancos clientes de la casa no fueron parte á iluminar su espíritu con destellos de algo ignorado y no sentido. Decimos mal: tal vez podía tomarse por vago presentimiento su constante tristeza y sus anhelos de ver mundo, 6nica pasi6n que perturbaba su pacífica existencia.

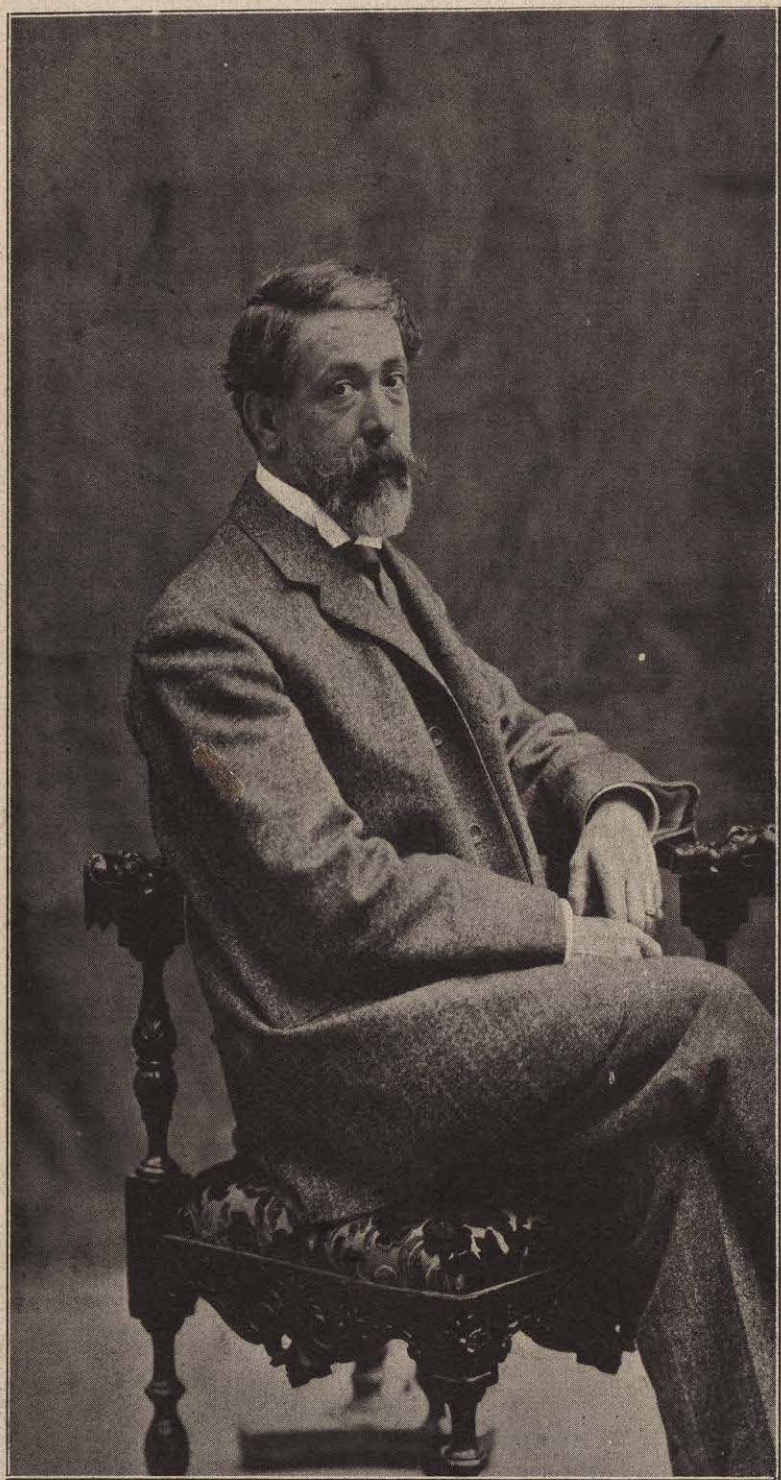
Un día cay6 bajo sus ojos un album de esos en que la vanidad y la impertinencia humana se complacen en atormentar á cuantos escriben líneas cortas ó trazan un garabato cualquiera. La portada, muy llena de rasgos caligráficos intercalados con pájaros y flores, era en colores, *pin-tada á la mano*, como dicen los que entienden de estas cosas, y nuestro Graner qued6se estático en su contemplaci6n.

— ¡Me gustarían hacer esto! — se dijo; pero así, com6 si pensara: — ¡Me gustarían subir á la luna!

Fué una chipista de revelaci6n, mas como juzgaba la cosa en el número de los imposibles, no pas6 de ahí.

No nos entretendremos en referir su viaje de regreso á Barcelona para restablecerse de una grave dolencia, y su vuelta á Puerto Rico, sin que le llevara á aquella isla una irresistible vocaci6n, sino m6s bien el ansia de movimiento, de ver otras tierras. Obsesionado por esto, sin duda, un día que tocaba en el puerto de San Juan un vapor para Cuba, tom6 pasaje, llev6 su baúl á bordo, ajust6 cuentas con su principal y el mismo día se embarc6 para la Habana.

¿Qué iba á hacer allí? Ni él mismo lo sabía. Ni busc6 nueva colocaci6n, ni conocía á nadie, ni tenía formado propósito alguno acerca su porvenir. Fué viviendo unos días con el poco dinero que le habia quedado; luego vendió la ropa de su baúl prenda á prenda... y cuando hasta ésta qued6 agotada, encontr6se frente á frente con el hambre.



Fot. de Napole6n.

Decididamente, no le llamaba el comercio, pues con su pr6ctica del negocio no le hubiera sido imposible hallar una colocaci6n, allí donde la encuentra tanta gente burda y sin ninguno de sus requisitos. La naturaleza de los alrededores le tenía fascinado y á ella consagraba sus horas y sus indefinibles entusiasmos como un *golfo* cualquiera. El hambre le devolvi6 á la realidad, y fué preciso de todo punto agenciarse para vivir.

Había visto en Puerto Rico poner asientos de rejilla á unas sillas desvencijadas, y fué de puerta en puerta buscando sillas que componer. Encontr6 trabajo y á los pocos días, no acostumbrados sus dedos á tan desusada labor, sangr6nle por todos los pulpejos. Hubo que renunciar al oficio... y á comer.

La debilidad, la intemperie y la postraci6n de su espíritu quebrantaron sus fuerzas. Despu6 de tres días sin probar bocado y abatido por intensa fiebre, vagaba por el puerto de la Habana, cuando record6 que por aquellos días debía llegar de Barcelona un amigo de su familia. Efectivamente, el vapor estaba allí; y el amigo, que llevaba encargo de buscarlo, dolorosamente sorprendido al ver en aquella situaci6n, se hizo cargo de él, lo cuid6 y lo embarc6 para España.

Ya en su país, tuvo que atender primeramente á restablecerse. Y cuando, pasado alg6n tiempo, su padre le encareci6 la necesidad de tomar alguna ocupaci6n, Graner mostr6se decidido á no seguir la carrera del comercio. Y recordando aquel album que viera en Puerto Rico, cuyo recuerdo no se habia borrado ya m6s de su memoria, manifest6 su deseo de aprender á dibujar.

Sin inspirar confianza á su padre, pero con el apoyo de su hermano, ingres6 en una academia particular, donde por primera vez en su vida tuvo un l6piz en la mano. Aquella vocaci6n, contenida por tantos años en lo rec6ndito de un sér que no sabía darse cuenta de sus propias voliciones, pareci6 que se desbordaba con pasi6n de amante correspondido. Sus progresos no eran los de un principiante á quien hay que guiar, por decirlo así, de la mano, sino que eran el fruto de una inteligencia que daba de una vez lo que debia haber incubado paulatinamente.

A los 20 años se matriculaba en la Academia de Bellas Artes, y en solos dos años, despu6 de haber ganado todos los premios de cada curso, fué galardonado con una bolsa de estudio de mil doscientas pesetas que el aplicado joven emple6 pasando tres meses en Madrid, estudiando aquel Museo de pinturas, y siete meses en Roma para observar el movimiento artstico contemporáneo, realizando un verdadero prodigio de economía.

Terminado el dinero, regres6 á Barcelona, donde instal6 una academia particular. Son indecibles las penalidades y privaciones que experiment6 en los primeros meses, hasta que el número de alumnos creci6 lo suficiente para asegurarle una tranquila subsistencia. Pero el recluirse en la enseña era cerrarse la puerta á toda aspiraci6n de arte trascendental, y Graner no quiso sucumbir á la idea de su anulaci6n.

Despu6 de algunas tentativas, m6s bien dudosas que afortunadas, determin6 despedir á sus alumnos, y empez6 entonces aquella época de febril actividad en que sus cuadros inundaron el mercado de Barcelona. Su tema favorito fueron las escenas nocturnas con luz artificial, en cuya interpretaci6n ha logrado sorprendentes efectos de realidad, y no hubo aficionado que no deseara poseer alguno de aquellos cuadros que constituían su especialidad.

Empez6 á pintar también para las grandes Exposiciones, sin dejar de luchar jamás para las duras necesidades de la vida.

Su familia, que habia visto al principio con desconfianza que Luis se dedicara á la pintura, temiendo que fuera un pretexto para proseguir en sus juveniles devaneos, se rindi6 al cambio radical y á la manifiesta vocaci6n de su deudo, dejándole, sin embargo, entregado á sus propias fuerzas, no tanto para mortificarle, cuanto para que no cesara la tensi6n

de su esfuerzo ante la esperanza de mayores comodidades. Sin embargo, hasta esta idea era err6nea, como se ha visto despu6s. El fallecimiento de su hermano don Ramón, que le dejaba heredero de una regular fortuna (prueba innegable de su verdadero cariño), puso en condiciones á Graner de tomar las cosas m6s tranquilamente, y de mirar por su salud, un tanto quebrantada. Lejos de ello, desvanecido el temor que infunde la lucha por la vida, hase entregado en cuerpo y alma á su amado arte, inaugurando un período de hondo estudio y alta producci6n, en el que la abnegaci6n con que se entrega al trabajo substituye en su salud á las antiguas penalidades.

Hemos querido entrar en todos esos pormenores, que á alguno le parezcan tal vez pueriles, porque el caso lo merecía por su novedad y rareza. Es verdad que son varios los artistas que luchando con las miserias y quebrantos de la vida han llegado á figurar en primera fila; pero son muchos menos los que caen extenuados entre los abrojos del camino. Y no deja de ser providencial que, sin un propósito exteriorizado de continuo, y que por lo tanto no tuvo siquiera el mérito de verse contrariado, fuera á parar Graner á aquello mismo á que parecia destinado por las relevantes dotes expuestas m6s tarde. Es posible que antes se hubiese dado cuenta de su vocaci6n si el medio ambiente en que se movía hubiera favorecido su desarrollo intelectual. Pero tímido por temperamento, alejado en temprana edad de todo consorcio artstico, encajinado hacia una esfera de acci6n de todo en todo opuesta á la genuina manifestaci6n de su sér, hubiera seguido siendo un honrado bodeguero, si la tenue luz de aquella abigarrada página de album no hubiera dado alg6n vislumbre á su obscurecido espíritu, y si su afán de ver mundo no le hubiera indicado que la profesi6n de comerciante no era la m6s adecuada á su temperamento.

En España, sobre todo, donde apenas si por excepci6n se estudia el carácter y disposiciones de los niños, ¡cuántos ingenios deben perecer en el olvido, que bien encaminados hubieran hecho hablar de sí y engrandecido á su patria!

Luis Graner es una de las personalidades no sólo más salientes, sino también más características del arte contemporáneo catalán. Llegado tarde al estadio artstico, no tuvo tiempo de encariñarse en tiquis-miquis de escuela, como lo demuestra el que no se parece á ninguno de sus maestros ni coetáneos. Lo que sabe, bueno ó malo, es producto de una cultura intensiva de sus facultades; por lo mismo que precisaba ganar el tiempo perdido, pero al propio tiempo es hijo de un ingenio espontáneo y fácil en grado sumo, que sabe asimilarse las cualidades de la naturaleza, todo cuanto es refractaria á la imitaci6n ajena.

Sin embargo, esta misma facilidad y más probablemente, la imperiosa necesidad de aplicar sus primeros conocimientos al problema de la existencia, no permitieron que llegara á completa saz6n el fruto de sus estudios. La prodigalidad de su pincel, si de una parte le facilit6 un dominio técnico que no se arredra ante los mayores obstáculos, merm6 en gran manera su espíritu analítico, rebelde, en fuerza de la costumbre, á toda sujeci6n reflexiva. Así, su pintura no alcanzaba por entonces aquella intensidad que es propia de las obras duraderas. La visi6n era sorprendente de realidad, la impresi6n justa, la pincelada elegante y suelta, pero el conjunto era poco madurado y la impresi6n se borraba de la memoria con la misma facilidad con que se habia realizado el cuadro.

No se crea por ello que las obras de aquella época carezcan de mérito: las cualidades apuntadas son suficientes para delinear una personalidad, y sus tabernas iluminadas á la luz artificial de linternas ó quinqués de petróleo, y sus cabezas de borrachos quedarán como tipo de pintura no aventajado por nadie aquí.

Fué preciso que un cambio favorable de fortuna determinara en Graner un propósito de resolver lo que habia dejado en suspenso en la época que calificaremos de comercial. Y en efecto, se puso á estudiar con verdadero afán, si bien luchando con la costumbre ya inveterada en su rápida mano. Esfu6rzase en ser menos sintético, y aunque no siempre lo obtiene, la tranquilidad que le presta el hallar satisfechas todas sus necesidades, hace que su obra madure más en el concepto y en la ejecuci6n.

A esta época pertenecen los grandes cuadros con que ha regalado nuestros ojos en los dos ó tres últimos años y los sólidos estudios de paisajes y marinas con que va documentando su inteligencia.

Su cuadro *La fragua*, que el Ayuntamiento de Barcelona adquirió en la Exposici6n internacional de 1894 para el Museo, preludiva el cambio que se iba á operar. Pero ¡cuánta distancia de aquella tela, pintada en pleno período de lucha, á los grandes cuadros que recientemente expusieron en Barcelona y que expidi6 luego á los grandes certámenes europeos! Hoy es ya un maestro consumado, y parece como que se complazca en amontonar dificultades para tener el gusto de superarlas. *La hora triste*, *Cambio de crisis*, *Pesca á la vencesa* (con fogatas), *Los contrabandistas*, *El entierro de la sardina*, son facetas de este nuevo modo de ser, y atestiguan la fuerza de voluntad y la fibra del artista. Esas grandes telas no están pintadas entre las sombrías paredes del taller, sino en medio de la naturaleza, con todos los modelos ocupando sus respectivos sitios, con las luces apropiadas á la inspiraci6n del artista, que de este modo lleva aquella virginidad de toque, con rápida y nerviosa ejecuci6n, de la naturaleza al cuadro, sin desleirse en la copia de estudios fragmentarios.



LUIS GRANER EN SU ESTUDIO.